

La crucifixión del joven maestro

POR JOSÉ LUIS GARCÉS G.

“... Se me antoja bello morir, cesar a la medianoche, sin pena... Tú cantarías quedo, y en vano yo tendría oídos”. John Keats – Oda a un ruiseñor.

Jorge García Usta: entraste a la neblina cuando tu sol era más espléndido. Cuando por las sabanas y los diques corría tu agua más robusta. Ya estás con Nevija, tu madre, y con Héctor Rojas Herazo, y juntos reiniciarán el camino de la errancia y compartirán el agua.

También el pan invisible, la dulzura del follaje y el canto de los pájaros. Apenas despuntaba el alba de tu tiempo. En este diciembre, tu caída fue un golpe matrero en la cruz de los ojos. Un zarpazo intempestivo que nos puso a chapotear entre las sombras y el aceite ardiendo.

La realidad, que no sabe de dolores, continúa su rutina de brillos y desvaríos. Las hojas son las mismas hojas: el verde que se acuesta, el verde y sus desdenes. Los árboles mantienen su rigidez de caballeros de los dulces adioses.

La luz sigue siendo filo de navaja en las pupilas. Y el sol, es lo mismo caldero que deja chorrear sus líquidos de infierno sobre la piel de los dolientes.

Jorge: no era tu tiempo. Alguna mano tiró los dados y destruyó la lógica. Pues la repartición del tiempo es a veces una torta amarga. Quiero decir, el tiempo que nos toca.

Bajo el techo que conocí, en el desafío de una terraza, ante la mirada de Rocío y el juego de los niños, han quedado los libros, las revistas y las carpetas con centenares de papeles escritos con mano erguida. Y para no olvidar: balón de fútbol que ya, dolorosamente, no tendrá pie. Apenas despuntaba el alba de tu tiempo. Aún no era el momento de sacar el pañuelo del adiós.

[Montería \(Córdoba\), diciembre de 2005.](#)

Nota apesarada (y apresurada) sobre García Usta

POR MIGUEL IRIARTE

Yo también pensé que Jorge se levantaría. No tenía la menor duda. Lo había visto poder con tantas empresas juntas sin jamás arrugarse que estaba seguro que ese accidente cerebro vascular no lo desacomodaría. Era tanta su disciplina y su valor que de verdad hubiera sido capaz de levantarse y después de unos días seguir peleando contra todos los molinos de viento de la cultura.

Es la segunda vez que me falla la vida en estas cosas. La primera vez fue cuando murió mi madre de un derrame cerebral. Ella tenía 32 y yo apenas 6, pero en ese momento, refugiado en una violina rústica de peinilla con papel brillante, estuve seguro que mamá se repondría. Ahora también estuve guardando esa certeza mientras repasaba los versos de su antología personal haciéndole tiempo a la muerte.

Por eso, cuando me dijeron que luego de la operación había movido levemente los pies, me dije: ah, no, esto es pan comido. Este man se levanta.

Hipertensos los dos, en varias ocasiones cruzamos síntomas, pareceres, recetas y mutuas advertencias, pero siempre en medio del humor y de apresuradas conversaciones, porque él estaba

siempre más apurado que yo. Y siempre tuvo para mí una palabra generosa sobre mi poesía, un dato de interés, un comentario pertinente, una reflexión reveladora.

Siempre admiré y quise a García Usta. Por poeta, por enorme ser humano, por jodido, por amigo, por inteligente, porque era una bestia de trabajo. Siempre quise tener tiempo para conversar con él a gusto, pero casi nunca se podía. Las pocas veces que lo logramos los temas eran siempre los mismos: Mejía, Sincé, Ciénaga de oro, la poesía, la cultura popular y los sinsabores de la gestión cultural en Cartagena como en Barranquilla.

Todavía recuerdo el día en que lo conocí en su casa del centro de Cartagena. Fui a visitarlo desde Barranquilla y ese día hallé también allí a su amigo Alfonso Múnera. Y hablando los tres nos comimos toda la existencia de unas delicias árabes que hacía su madre para la venta mientras él las contaba y pagaba enseguida metiéndose la mano al bolsillo muerto de risa. Después de eso los pretextos serían los festivales de música del Caribe (en el que lo vi bailar la primera vez con suma aplicación) o los festivales de cine donde siempre tuve una credencial esperándome aún si no asistía.

Muchas veces discutimos de literatura y de política y casi siempre estuvimos de acuerdo. Cuando no, también lo disfrutamos. Y siempre nos quedamos debiendo un rato largo para terminar tal o cual conversación que él juzgaba de interés.

Siempre me gustó su poesía, sobre la cual, creo no equivocarme, fui de los primeros que se refirió públicamente a ella en las páginas de la revista *Ola*, de Barranquilla, específicamente sobre su primer libro de poemas *Noticias desde otra orilla* luego de alguna glosa desobligante que William Ospina hiciera a nivel nacional de ese poemario.

Un día de 1985 en el Amira de la Rosa lanzamos al tiempo nuestros primeros libros, y desde entonces siempre llegaron a mis manos puntualmente con una nota amable cada uno de sus trabajos editados. Fuimos cercanos. Fuimos amigos. Pero sin aspavientos ni parafernalias de la amistad. El fue demasiado serio desde chiquito. Fueron muchas cosas las que nos quedamos debiendo por los atafagos de nuestras obligaciones. Fueron muchas las otras que compartimos por andar los dos en lo mismo. Seré un defensor respetuoso de su hermoso trabajo poético y de su esforzado trabajo intelectual y periodístico. Qué vaina, Jorge. No te imaginas la falta que vas a hacer!

Va un beso para tu alma.

Mensaje de un “no amigo” de Jorge

POR EFRAIM MEDINA REYES

Muy queridos amigos, en Venezia, a través de un mensaje de celular me ha llegado la noticia de la muerte de Jorge. Casi no puedo creerlo y es que no debería creerlo. La sensación es de tristeza, de rabia e impotencia. Cartagena no podía, no debía permitirse la muerte de Jorge en plena juventud. Es un vacío enorme en tantas dimensiones. Después que la vida nos distanció como amigos seguimos siendo entrañables conocidos; éramos muy diferentes. Él había nacido adulto y responsable y yo pasé de la niñez a la adolescencia y ahí me varé. Pero estaba el amor por la palabra, por la familia, y el patio. Y, claro, lo seguí queriendo a través de ustedes y me hará mucha falta a través de ustedes. Porque sé lo abatidos que deben estar y quisiera abrazarlos muy fuerte ahora. ¡Carajo, no puedo creer que alguien tan serio como Jorge nos haga esta broma tan pesada! Duele y duele por sus hijos, su mujer, su hermano Pepe. Y ustedes, y Julio. Julio me lo presentó, y a Rómulo y a Alfonso. Julio Múnera fue quien me metió en todo esto. Los quiero mucho y espero, ¿qué más puedo hacer?, escribir algo a la altura de Joche.

A Jorge me lo encontraba por ahí cuando iba a Cartagena y compartíamos un sincero y evasivo saludo y también por Internet hablábamos de vez en cuando por cosas concretas, como le gustaba a él. Y creo que había aprendido a aceptarme con todo y mis pataletas. Y de verdad que me divertí

muchas veces llevándole la contraria. Desearía que él le llevara ahora la contraria a las noticias que dicen que murió y siguiera allí, al pie del cañón dándole forma a la dignidad en nuestra puta ciudad que sin él no sé qué va a hacer.

Un abrazo, Efraim.